



# Evangelizar a los niños (parte 5)

El rostro de Dios en la alegría de un niño

**Fco. Javier Gay Alcain**

## COMO NIÑOS

Recuerdo muy bien la mañana en la que estábamos participando en una preciosa alabanza y en la que en medio del gozo de cien niños cantando y alabando, uno de ellos, estaba apartado y cabizbajo. Evidentemente algo pasaba. Me acerque a él y, sin entrar en los detalles, tuvimos que ayudarlo, con toda la delicadeza, a abrir su corazón, hasta que desveló el motivo de una tristeza tan profunda. En este caso no era ningún problema en casa, ni con los compañeros y amigos del encuentro. Ni dificultades en el colegio, ni con los compañeros de clase. Ni ninguna cosa que hubiese hecho mal. La causa de su pena nos sorprendió totalmente. Se le había roto el regalo que quería hacer a un amigo y ya creía imposible mostrar el cariño de su corazón a esa persona querida. Le ayudamos a buscar otro regalo todavía mejor. Le propusimos cambiar el regalo material, ya roto e inservible, por un regalo espiritual: una oración de corazón por su amigo. Y el niño recuperó su sonrisa y su alegría.

Esta vivencia tan sencilla y tan real, nos muestra como no hay más que mirar el rostro de los niños para descubrir si su corazón está replegado sobre sí o está vuelto hacia Dios. Y todas las actividades que realizamos a lo largo de cada encuentro con ellos, son solo los caminos para ayudar a cada niño a que su corazón vuelva y permanezca en Dios y la sonrisa más espontánea se adueñe de sus rostros y sus vidas. Anunciarles a Cristo es dejar que la alegría de Dios empape su alma hasta transformar sus rostros. Y nos impresiona, tantas veces, contemplar el último día de un encuentro cómo niños tímidos,

huidizos o tristes se han ido abriendo hasta mostrar ese gozo que solo Dios da.

### La alegría, señal del Espíritu

Cuando San Pablo habla de los frutos del Espíritu, el segundo de los que cita, es la alegría (Ga 5, 22). Verdaderamente es una de las señales más claras de la presencia de la vida de Dios, de la presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones. Solo el amor es puesto por delante. Pues bien, esto es verdad para toda persona. Y esto se muestra con especial relevancia en la vida de los niños. En ellos, las realidades más honradas se muestran con mucha mayor transparencia. Un niño tiene muchos menos repliegues y recovecos que un adulto. Si está triste no puede disimularlo. Y si está alegre su alegría contagia a todos. Cuántos mayores son cautivados por la sonrisa y la alegría de un niño, que les llena de esperanza, aunque las penas estén muy presentes en su vida. Cuando la presencia del Espíritu toca las vidas de los niños, también en ellos acontece un Pentecostés y también ellos participan de esa alegría embriagadora que supera todo control. Podríamos afirmar que en los niños que viven en gracia de Dios, cuando están en un ambiente en el que pueden expresar con libertad su fe, Pentecostés es su estado habitual y la alegría la señal distintiva.

Los diferentes momentos de cada encuentro: la alabanza, los juegos, las enseñanzas, la convivencia, la

celebración eucarística, están siempre enmarcados en este ambiente de alegría. Pero cuidado. Ya hemos dicho que el niño no tiene doblez. Por eso, no es posible engañarle. Con los niños son imposibles o contraproducentes, las sonrisas de "postal". Son auténticos especialistas en el lenguaje no verbal. Inmediatamente captan cuando les anunciamos aquello que vivimos o cuando les hablamos solo desde lo aprendido. Aquí se hace verdad aquello de que "nadie da lo que no tiene". Solo quien de verdad acoge la alegría de Dios en su vida puede encontrarse con un niño y ayudarlo a acoger este gozo que viene de Dios. Si nuestra sonrisa es forzada o ficticia, el niño lo captará. Algunos piensan que hablar de Dios a los niños es una tarea más sencilla y que requiere menos preparación. Qué equivocados estamos en ocasiones. Anunciar a Cristo a los niños requiere la preparación más importante: no la de nuestras mentes (que también conviene), sino la de nuestros corazones. De hecho, los santos normalmente se han entendido muy bien con los niños porque en ellos la fe llena su alma y no necesitan disimular nada, sino solo hablar desde la abundancia de su corazón.

### La alegría, que vence la oscuridad

En casi todos nuestros encuentros hay tiempos para orar por los niños. Les invitamos a acercarse si quieren que oremos por ellos. Y siempre nos sorprenden por el gran deseo que tienen de que pidamos por cada uno. No tienen reparos, ni vergüenzas. Las filas se llenan en un instante y el tiempo parece detenerse. No hay prisa, solo una necesidad inmensa de que Dios pase por el corazón de cada niño y consuele cada una de sus vidas. Porque los niños también sufren. Y, en ocasiones, mucho. El momento de orar por ellos, se convierte por esto en un tiempo singular. Es el tiempo privilegiado de la obra de Dios. Porque la alegría, connatural a ellos por un lado, es también difícil por otro. Hay muchos obstáculos, muchas heridas, muchas veces que, por un motivo u otro, no se han sentido queridos o se han sentido desprotegidos, en la familia, en el colegio, con los amigos.



Hablar de la alegría de los niños no se puede hacer sin tomar también en serio sus dolores y sufrimientos. Pensar que la infancia es la época feliz de la vida es una imagen muy extendida hoy en día, pero que tiene poco de real. También ellos están acechados por la tentación de simular una alegría ficticia, no real. También ellos disimulan en más de una ocasión. Y, cuando se les ofrece el momento de sanar su corazón, se acercan con confianza y esperanza. Porque desean que su alegría sea real. Y porque confían en que Dios puede realizar el milagro en sus vidas, como en el ciego de Jericó y como en tantos otros personajes de los Evangelios. Y cuando sienten cómo Jesús toma sus cargas y las toma sobre sí, entonces sus corazones, libres de pesos y opresiones, comienzan a expresar sus deseos más auténticos. Y

el corazón sanado, consolado, fortalecido es el que aflora en el rostro del niño que se ha abierto a la confianza y que ha experimentado que es amado. Amado totalmente y para siempre. Con un amor que ya nadie podrá arrebatarse y que no necesita merecerlo. Es gratuito.

Y, aunque ya no me detenga en ello, esta alegría hecha vida en el corazón de cada niño, nos transforma también a todos los que estamos junto a ellos. Ellos tampoco se guardan para sí el regalo recibido, sino que lo reparten y lo comparten en todos los que estamos a su lado. Hemos visto a Dios tocar el corazón de muchos adultos y de muchos monitores a través de la oración de los niños y a través de su alegría contagiosa. Demos gloria a Dios porque nos ha permitido a los hombres ver tantas maravillas.

